



Uno de los signos más visibles y que más preocupa de la actual crisis económica es el desempleo. Una realidad que afecta especialmente a los jóvenes y a los inmigrantes, y que derrumba los proyectos de futuro de quienes ya están en la última etapa de su vida laboral. Las familias son quienes en primer lugar sufren esta situación, pues ven reducidas de forma drástica muchas de las posibilidades de las que antes disfrutaban, y algunas pierden todo cuanto tienen por no poder pagar recibos e hipotecas.

Así, la tragedia del paro puede llevar a la marginación y, por tanto, a la exclusión social. Para todo cristiano la dignidad de la persona constituye una realidad fundamental. Creada a imagen y semejanza de Dios, es un fin primario de toda acción humana, también de la económica. No basta con buenos resultados, es necesario promover el bien común, que tiene como centro a la persona en todas sus dimensiones. Sin embargo no siempre es este el criterio que ilumina e impulsa la acción económica, que muchas veces queda oscurecida por el afán de ganar y gastar. Sólo cuando se llega a una crisis económica vienen las pregunta de cómo y por qué, y cuáles son los fundamentos que nos debieran haber orientado y nos han faltado.

Hoy, en medio de la crisis económica surge una pregunta de gran alcance: ¿qué hacer para promover el trabajo de la mayoría, especialmente de los más jóvenes y de quienes tienen responsabilidades familiares? Urge, no sólo promover reformas estructurales que faciliten el empleo, sino también mejorar la visión que tenemos del trabajo mismo. El nivel de bienestar de los últimos años nos ha llevado a recudir el trabajo únicamente a la dimensión económica, olvidando la realización personal que ha de implicar todo trabajo. En muchas ocasiones hay que reconocer que hemos ido por un camino fácil. Algunos han hablado de falta de productividad, pero sobre todo, y es lo más grave, de falta de realización de trabajo bien hecho. Quizá también la forma de trabajo del mundo actual hace que sean pocos los que pueden realizarse en una profesión. Para una gran mayoría su trabajo no tiene gran valor para sus vidas más allá del sueldo, aunque crece el número de personas que realizan servicios sociales de gran valor ético en el campo de la salud y la ancianidad. La promoción del empleo no será posible sin una nueva visión del trabajo como realización de la persona, con todas sus exigencias morales y sociales. Y para ello es urgente una formación para el trabajo desde una visión técnica y ética. Es decir, una formación sólida, acompañada de aquellos valores morales que son base y fundamento de la convivencia humana, y que en nuestra tradición cultural están vinculados a la fe en Dios y, de forma particular, al camino del Evangelio.